

no podía haberse valido de mejor medio; necesitaba para su intento echar mano de personas poderosas, que pudiesen ponerse por sí mismas en posesion de aquellos bienes, y que se mantuviesen en ella á pesar de los esfuerzos de los hereges. Como las Ordenes de que acaba de hablarse, seguan la profesion de las armas, pertenecian á ellas todos los sujetos de distincion, que habia en los Estados del Duque de Saboya, y como además de esto era su gran Maestré el mismo Príncipe, no habia un partido más fuerte que poder oponer á los hereges. Ellos mismos fueron los primeros que se convencieron de esto; y no dudando de que si se oponian á los caballeros de que acaba de hablarse, atraian sobre sí todas las fuerzas de la Saboya y del Piamonte; les dejaron poner en posesion de los bienes que les habian dado, y no se atrevieron á perturbarlos en ella. Este fué un gran aumento de riquezas para las dos Ordenes; y el patronato del Duque de Saboya, que dá todas las Encomiendas, se aumentó tambien mucho mas.

Era pues preciso ir directamente contra unos intereses tan considerables para persuadir al Duque á que consintiese, en que los beneficios de que acabamos de hablar, fuesen sacados de manos de las Ordenes y restituidos á sus poseores primitivos. Sin embargo, habiendo sido restablecida la Religion católica en el Chablais, del modo que ya se ha contado, Francisco tuvo bastante celo para proponer al Príncipe aquella desmembracion, y supo persuadirle tambien de que no podía subsistir la Religion católica por mucho tiempo en el Chablais sin la reunion de aquellas rentas, que consintió en darle una licencia por escrito para que fuese á Roma á solicitar la que deseaba. Este fué el motivo del viaje que acaba de contarse, y obtuvo del Papa todos los Breves necesarios para consumir aquel gran negocio. Al tiempo de la ejecucion de los Breves, fué cuan-

do se opusieron los Comendadores de las Ordenes, del modo que se ha dicho.

Su oposicion era tanto mas fundada, quanto que Gregorio XIII habia declarado espresamente en la Bula, que agregaba los beneficios del Chablais á las Ordenes de San Mauricio y San Lázaro; que en el caso de que la Religion católica fuese restablecida en aquel pais, los Comendadores no estarían obligados á dar á los curas sino la cóngrua, y que ellos gozarian del sobrante de las rentas. Este artículo se habia cumplido, y pretendian que no podia exijirseles otra cosa.

Sin embargo, Clemente VIII no habia tenido consideracion alguna con aquella cláusula; y habia mandado que los bienes unidos á las Ordenes por su predecesor Gregorio XIII volviesen á sus primeros poseedores, sin que hiciése reserva alguna en beneficio de las Ordenes. Aun habia alguna cosa mas; y es que contra el estilo de la Corte Romana, las partes interesadas en la restitucion no habian sido ni citadas, ni oidas; y que el Papa se habia contentado con el consentimiento del Duque de Saboya, gran Maestré de las dos Ordenes. Trataban sobre esto de apelar del Papa mal informado, al Papa mejor informado, es decir, de prolongar este negocio en términos, que nunca se hubiese visto el fin de él.

Esto era lo que temia Francisco mas que todo: estaba persuadido, de que no podía proveerse el Chablais demasiado pronto de párrocos sabios é ilustrados, y desesperaba de poderlos formar de estas condiciones, en tanto que los beneficios estuviesen reducidos precisamente á la cóngrua.

En aquel conflicto, y en un asunto en que no tenia otro interes que el del mismo Dios y el de la Religion, recurrió á la oracion, que era su refugio ordinario, quando se veia espuesto á las contradicciones de los hombres. Despues de haberse llenado de fortaleza y de luz,

fué á ver al Duque, y le presentó las memorias que habia arreglado para responder á las quejas de los Comendadores de las Ordenes.

El Príncipe por su parte no estaba poco confuso: no podia negar que hubiese dado su consentimiento para todo lo que Francisco habia negociado en Roma, ni tampoco el que él mismo hubiese juzgado, que la desunion de los beneficios era absolutamente necesaria, y que se habia convencido de que sin ella era imposible que subsistiese la Religion católica por mucho tiempo en el Chablais: por otra parte estimaba demasiado á Francisco de Sales para desairarle en un negocio que habia emprendido por orden suya.

Pero los Príncipes tienen sus intereses particulares de que cuidar, lo mismo que todos los demas hombres; y preveía ademas que iba á haber aclaraciones con la Francia, que no le permitian discontentar á la nobleza de sus Estados. El espediente que tomó en esta ocasion, fué el de dejar la conclusion de aquel negocio para otro tiempo, y contestar á Francisco, favoreciendo sus intereses particulares. Con este motivo le ofreció una suma considerable para recompensarle de los gastos, que habia hecho durante su mision en el Chablais.

Francisco no se contentó solamente con rehusarla, sino que ofreció al Duque trabajar á sus espensas todo el tiempo que tuviese por conveniente. Pero le representó tan fuertemente que el dejar la conclusion de aquel negocio para otro tiempo era perderlo enteramente, que obtuvo al fin su consentimiento para la ejecucion de los Breves de su Santidad. Logrado este, ya no hubo inconveniente en obtener el de los Comendadores: así es, que estando todos de acuerdo, el Duque hizo espedir las letras para el Senado de Chambery, por las que mandaba que se verificasen sin modificacion los Breves del Papa, que les serian presentados de su parte por el Coadjutor de Ginebra. Francisco en persona fué el portador;

y despues que fueron comprobados los Breves partió para el Chablais con comision espresa del Papa, del Duque y del Obispo, para que los hiciese ejecutar. Empleó en esto todo lo que faltaba del año y una parte del siguiente.

Restablecidos ya los párrocos, y hechas de nuevo las Iglesias y conventos presentaba el Chablais un aspecto enteramente nuevo. La Religion católica se afirmaba mas de dia en dia, y los pueblos desengañados de sus errores, empezaban á hacer voluntariamente, y aun con mucho celo, lo que muchos habian hecho al principio por consideraciones humanas, cuando la heregia, siempre alerta para todo lo que podia favorecerla, estuvo á pique de volver á entrar en aquella hermosa provincia. Fué la causa de esto la guerra que se movió entre Enrique IV, y Carlos Manuel Duque de Saboya, sobre el marquesado de Saluces.

Por el tratado de Vervins se habia dejado aquel asunto en manos del Papa, para que lo arreglase amistosamente. Pero habiendo presumido el Duque de Saboya, que su Santidad persuadido de lo justo que era el derecho de la Francia, decidiria al fin en su favor, manifestó tanta desconfianza, que dándose el Papa por ofendido, no quiso ser árbitro en el asunto, y dejó á los dos partidos en libertad de ventilar su pleito, del modo que tuviesen por conveniente. El Duque fué en persona á Francia para tratar por sí mismo de aquel negocio con Enrique IV, pero como no se procedia de buena fé, se volvió sin haber concluido cosa alguna.

En fin, despues de muchas contestaciones, no habiendo podido convenirse los dos Príncipes, se declararon abiertamente la guerra. El Mariscal de Biron entró en la Bressa, á la que sometió en poco tiempo: Lesdiguières entró en la Saboya que tambien fué conquistada, y el Rey en persona entró por la parte de Faussigny y el Chablais, que nunca pensaron en oponerle resistencia.

Al aproximarse el Rey, la ciudad de Ginebra y los suizos protestantes, irritados por el restablecimiento de la Religion católica en el Chablais, le ofrecieron ayudarle con sus tropas, uniéndose á las que S. M. traía. El Rey, que no habia tenido suficiente tiempo para levantar un poderoso ejército, con el que no hubiera necesitado del socorro de sus aliados, aceptó el que le ofrecian por serle muy necesario. Asi fué, que los calvinistas entraron á mano armada en el Chablais y las Bailías para vengar sus agravios particulares, socolor de ayudar á Enrique, á que obligase al Duque de Saboya á darle una satisfaccion.

Fácil es figurarse en cuanto peligro estuvo entonces la Religion, habiendo retirado el Duque de Saboya todas sus tropas á las plazas fuertes, y no teniendo otras que se atreviesen á salir á campaña. Desterrados ya los párrocos católicos, usurpados sus beneficios y casas por los hereges, habia fundados motivos para temerlo todo en cuanto á los nuevos católicos, cuya fé todavía vacilante no necesitaba de semejantes pruebas, cuando Francisco, aunque debiese temer cualquier exceso del furor de los hereges, se resolvió á oponerse á él, como un muro de la casa de Israel. Empezó por hacer presentar al Rey una súplica respetuosa, en la que le rogaba que distinguiese en aquella guerra los intereses de la corona de los de la Religion: que se acordase de que era el Rey cristianísimo, y que en cualidad de hijo primogénito de la Iglesia estaba obligado á protegerla, y á prohibir á sus tropas, el que cometiesen tropelías con los sacerdotes y católicos del Chablais y de las Bailías. El Rey respondió á aquella peticion tan favorablemente como podia desearse; y mandó á todos sus oficiales, que se valiesen de su autoridad, para que no sufriese detrimento la Religion católica á su entrada en la provincia.

Pero como Francisco iba por todas partes para procurar la ejecucion de las órdenes del Rey, sucedió, que

cayó en manos de una partida, que le hizo prisionero, y lo presentó al Marques de Vitry, que mandaba la provincia en nombre del Rey. Los hombres tenian un designio en esto; pero Dios tenia otro muy diferente. El Marques, habiendo sabido quien era, le recibió con gran distincion; y quedó tan prendado de su conversacion y de su dulzura, que le concedió todo lo que quiso, y dió unas órdenes tan terminantes, que los párrocos fueron restablecidos en la posesion de sus beneficios y de sus casas, y los hereges obligados á cederles uno y otro. El gobernador le ofreció tambien, que haria que el Rey le conociese, y que le mandaria acompañar á Chambery, para que saludase á S. M.; pero Francisco despues de haberle hecho presente el grande respeto que tenia á aquel Príncipe, respondió: *que siendo vasallo como lo era del Duque de Saboya, creeria faltar á su deber, si iba á saludar á S. M., en una ocasion, en que con las armas en la mano contra su Príncipe le habia despojado de una parte de sus Estados, y estaba dispuesto á hacer lo mismo con el resto.* Vitry no se dió por agraviado con esta respuesta, antes al contrario, admiró la firmeza de Francisco, y creyó, que debia apreciar en un saboyano, lo que hubiera sido digno de aprecio en un vasallo del Rey, que se hubiera hallado en iguales circunstancias.

Entretanto Francisco se aprovechó tan bien del aprecio que Vitry le manifestaba, que se halló en estado de hacer una visita general de la Diócesis de Ginebra. La emprendió con un trabajo increíble; pero fué con tanto fruto, que á pesar de la guerra, restableció treinta y cinco parroquias en las que dejó párrocos y misioneros, que sostuviesen la Religion católica contra los esfuerzos de los hereges.

La guerra continuaba entretanto con tanta gloria para Enrique el grande, como desgracia para el Duque de Saboya. La Bressa, el Condado ginebrino y la Saboya

conquistadas, la ciudadela de Bourg, Montmelian, las plazas fuertes de Conflans y de la Charbonniere, que habían pasado hasta entonces por inespugnables, reducidas á rendirse, y las avenidas de Tarentaise y de la Maurienne ocupadas, abrian al Rey el camino del Piamonte. Tantas conquistas hechas con tal rapidez, alarmaron al Papa y á todos los Príncipes de Italia: estos trataron de que se hiciese una composicion, y por fin la paz fué ajustada y publicada en Lion el diez y siete de Enero de mil seiscientos y uno.

Por aquella paz consentia el Rey, en que los Duques de Saboya conservasen siempre el Marquesado de Saluces, y volvía todo lo que habia conquistado en los dominios del Duque. En cambio del Marquesado, el Duque cedió por su parte al Rey y á sus sucesores los Reyes de Francia, el pais de Bressa, Bugey, Valromey, la Baronía de Gex, y en general todo lo que poseia á lo largo del Ródano desde la salida de Ginebra. Se tachó al Rey de haber sido con aquel tratado la burla del Papa y de todos los Príncipes de Italia, que le habían obligado á ceder un Estado, que aunque de corta estension le abria la entrada para otro, y ponía al Duque en una dependencia absoluta de la Francia.

Pero á la verdad los dos Príncipes ganaron en este cambio; y el Rey aun mucho mas que el Duque de Saboya. Por un Marquesado distante de sus Estados, y encerrado dentro de los de Saboya, de poca estension y que no podia conservarse sino se ponian fuertes guarniciones, que costasen dos veces mas de lo que producía el Marquesado, adquirió un pais de mas de veinte y cinco leguas, contiguo á sus dominios, que prolongaba su frontera, en el que habia mas de ochocientos nobles, y que era muy fértil y abundante particularmente en pastos, propios para ganado caballar. El Duque por su parte adquiriendo el Marquesado se quitaba

de encima una espina punzante, ó por mejor decir una espada que le atravesaba el corazon. Porque en tanto que los franceses eran dueños de aquel terreno, no se atrevió á salir de Turin, sino acompañado de cuatrocientos ó quinientos caballos; y se veía obligado á tener guarniciones muy fuertes dentro de sus mismos Estados: quedó pues con la posesion del Marquesado en una plena libertad: pero á la verdad le costó cara. Sea como fuese, se miró como una especie de milagro el que los calvinistas se hubiesen aprovechado tan poco de la guerra, y que la Religion católica no hubiese recibido el menor golpe en el Chablais: dióse toda la gloria de esto á Francisco; y á la verdad, que despues de Dios toda le era debida. Una gran parte de este suceso se debe tambien á la firmeza de Enrique el grande. Jamas quiso permitir, que los hereges se prevaliesen contra la Religion católica, de la guerra que hacia contra el Duque de Saboya: mantuvo todas las cosas en el estado en que las habia hallado, y ni la necesidad que tenia de las tropas calvinistas, ni las continuas instancias que se le hacian al efecto, fueron capaces de hacerle consentir en que volviese á restablecerse el error en unos lugares, en donde habia sido desterrado. No es esta la sola prueba que hay de la conversion sincera de este gran Príncipe; veremos aun otras en el discurso de esta historia.

Habiéndose restablecido en todas partes el orden y la tranquilidad, rogaron los Síndicos de Annecy á Francisco, que les predicase la cuaresma: el pueblo que le amaba estraordinariamente, deseaba con ansia volverle á ver en el púlpito, despues de haber carecido de esta satisfaccion durante tantos años, como eran, los que habia durado la mision del Chablais. La empresa era un poco pesada despues de tantas fatigas como acababa de sufrir; pero amaba demasiado por su parte al pueblo de Annecy para rehusarle lo que le pedia con tan-

to interes: se lo concedió pues, y estaba ya para ponerse en camino, cuando supo que el Conde su padre estaba enfermo de peligro. Era de una edad, en que las mas ligeras enfermedades pueden ser mortales. Asi es, que sin esperar la confirmacion de aquella desagradable noticia, partió en diligencia para el castillo de Sales. Encontró al Conde mas malo aun de lo que se le habia dicho, pero que le esperaba con impaciencia para recibir de su mano los últimos sacramentos. Francisco cumplió este deber con su piedad y firmeza ordinaria: pasaba los dias y las noches á su lado; y aunque tenia traspasado el corazon del mas vivo dolor á vista de la pérdida que iba á sufrir, tuvo suficiente valor para consolar á su santa familia, y para alentar á su padre á la muerte.

Pero Dios tuvo á bien ahorrarle el que fuese testigo del lance que podia causarle mayor sentimiento en este mundo: cuando parecia que ya no habia esperanza alguna, el enfermo se sintió aliviado, y los médicos aseguraron, que sino curaba, á lo menos viviria aun bastantes dias, en los que tendria Francisco todo el tiempo que necesitaba para predicar la cuaresma en Annecy. Partió pues en esta confianza, despues de obtenido el permiso de su padre; pero apenas habia predicado los primeros sermones, cuando fueron á decirle precisamente cuando iba á subir al púlpito, que su padre habia muerto, y que toda su familia llena de afliccion le esperaba para celebrar las honras. Esta desagradable noticia le causó tanta mas sensacion, quanto que no la esperaba. Amaba á su padre con toda la ternura, de que es capaz un corazon tan bueno como el suyo, sobre todo cuando sabia, que su padre le correspondia, amándole entrañablemente; sin embargo despues de haberse recogido un momento para ofrecer á Dios la pérdida que acababa de sufrir, y someterse á las órdenes soberanas de su justicia, que ha condenado á muerte á to-

dos los hombres, tuvo valor para subir al púlpito, y para predicar con tanto celo y presencia de espíritu, como sino le hubiese ocurrido una desgracia tan fatal. Acabado el sermón, dijo él mismo al auditorio la pérdida que acababa de experimentar, y se despidió para ir á los funerales de su padre.

Como Francisco no era de aquellos devotos insensibles, que se glorían de ser duros, y de no dar cosa alguna á los sentimientos mas indispensables de la naturaleza, todo el mundo se admiró de su firmeza; pero la sorpresa fué mucho mayor, cuando le vieron volver á los dos dias para continuar lo que habia empezado, y acabar su cuaresma con aquel celo y elocuencia, para la que todos saben que se necesita una gran tranquilidad de espíritu. Pero no sin razon, dice el Apostol, que el justo vive de la fé. Ella es la que le sostiene en todos los contratiempos de su vida; y sino puede impedir el que los sienta, á lo menos eleva al alma á aquel grado de fortaleza, que parece al comun de los hombres una especie de insensibilidad, pero que no es en la realidad sino una sumision respetuosa á los decretos de la Providencia.

Francisco supo tambien por entonces, que los hereges se prevalian de la cesion que se habia hecho al Rey de Francia, de la Bailía de Gex. Esta era una de las tres, de que ya se ha hablado, y en la que menos progresos habia hecho la Religion católica; era de la Diócesis de Ginebra lo mismo que las demas; pero habiendo mudado de Soberano, no podia Francisco obrar en ella con la misma autoridad, que en el tiempo en que pertenecia al Duque de Saboya: por otra parte como el Ródano la separaba de las otras dos, era mas difícil la entrada en ella, y Francisco no podia estender allí su mision sin un grandísimo peligro, á menos que contase con la proteccion del Rey de Francia para ello: entretanto veia con sumo dolor treinta y cinco parroquias

de que se compone aquella Bailía, envueltas en el error ó próximas á caer en él.

Esto fué lo que le hizo concebir el designio de ir á la Corte de Francia para alcanzar de Enrique el grande el permiso de trabajar en la conversion de los pueblos de aquella Bailía, asi como lo habia hecho en las otras dos, y en el Chablais. Se lo propuso al Obispo de Ginebra, que no tenia menos celo que él por la fé, pero que no estaba en disposicion como él, de poder trabajar.

Un motivo particular le confirmó tambien en su intento. Cierto es, que sus raras cualidades y su grande reputacion obscurecian las relevantes prendas del Obispo de Ginebra. Por cuidado que tuviese en no hacer cosa alguna sino bajo su dependencia y por su orden, habia notado, que algunos de los criados antiguos del Obispo habian entrado en sospechas de él, y trataban de inspirar celos en el corazon del Obispo. Estaba persuadido, de que la virtud de aquel Prelado le ponía á cubierto de esta clase de impresiones; pero como conocia tambien la estremada delicadeza del corazon humano, y la inclinacion que tienen las personas ancianas y achacosas á no dejarse gobernar, creyó, que debia alejar de su vista un objeto que podria al fin llegar á serle desagradable. En este concepto le propuso la intencion que tenia de ir á la Corte de Francia: pero se guardó muy bien de decirle todos los motivos que para ello tenia, no hablándole sino de la conversion de la Bailía de Gex, y de la necesidad que tenia de ser apoyado con la autoridad del Rey de Francia para salir bien de aquel negocio.

El Obispo aprobó el pensamiento y el motivo; y para darle mas caracter en su negociacion, convocó una asamblea general del clero de Ginebra, para que lo comisionase para ir á la Corte de Francia. Entregadas que le fueron las credenciales de su embajada ó comision,

preparó todas las cosas para su marcha, y partió algunos dias despues. Pero como para salir airoso en su empresa, necesitaba adquirir amigos en la Corte de Francia, emprendió su marcha para la Borgoña con intencion de ver al Baron de Luz, que mandaba la provincia en nombre del Rey, y pedirle cartas de recomendacion para los amigos que tenia en la Corte. Conocia al Baron, y aun puede decirse que eran grandes amigos. Encontróle en Dijon, y fué recibido de él con grandes muestras de veneracion y aprecio. Los agasajos que le hizo, le atrajeron las visitas y atenciones de todos los principales del Parlamento; y en esta ocasion fué, en la que se adquirió en tales términos su benevolencia, que se vió obligado despues á volver allí para darles el gusto, de que volviesen á verle y oírle.

El Baron le dió todas las cartas de que necesitaba para las personas, que mas crédito tenían en la Corte. Escribió tambien á S. M. en su favor y le dió tan excelentes informes del Coadjutor de Ginebra, que preparó su ánimo para el grande afecto, de que le dió despues aquel gran Príncipe unas señales tan visibles, que le produjeron la envidia de muchas personas poderosas, que trataron de perderle. Tal vez hubieran salido con su intento, si hubiesen tenido que tratar con un Príncipe menos ilustrado, ó mas bien, si su virtud no le hubiese puesto á cubierto hasta de la misma sospecha del crimen, con que querian denigrarle.

Pero por motivos que tuviese Francisco para contar con las recomendaciones del Baron de Luz, como se trataba de un negocio de Religion, y como tenia comision espresa del Papa para trabajar en la conversion de la Bailía de Gex, creyó, que debia apoyarse principalmente en el crédito del Obispo de Camarin, Nuncio de su Santidad cerca del Rey cristianísimo. La primera visita que hizo en Paris, fué á aquel Prelado, á quien habia conocido en Roma. Le informó del objeto de su

viaje, y le pidió su proteccion para con el Rey. El Nuncio, que no habia olvidado la consideracion de que gozaba el Coadjutor de Ginebra con el Papa, se la prometió en toda su estension, y se encargó de presentarle por sí mismo á S. M. Ambos fueron recibidos á la audiencia; Francisco arengó al Rey de un modo, que le adquirió el aprecio de toda la Corte: le presentó las cartas del Obispo de Ginebra y las del Baron de Luz, y el Nuncio esplicó mas largamente de lo que lo habia hecho Francisco en su arenga, el objeto que le obligaba á recurrir á la proteccion de S. M.

El Rey, que era el mejor y mas grande Príncipe del mundo, recibió á Francisco con aquella bondad, que le hacia ser amado de su pueblo y de los estrangeros: le oyó benignamente, y después de haberle dicho que no se le habia olvidado lo bien que habia oido hablar de él cuando estuvo en Saboya, le envió á Villeroy Secretario de Estado, á quien mandó que le diese cuenta de las proposiciones, que le hiciese Francisco.

Los calvinistas eran muy poderosos entonces en la Corte de Francia: la libertad que les habia dado el edicto de Nantes de poder profesar públicamente su Religion, habia atraído un gran número de ellos á la Corte: los habia en todos los cargos y empleos: varios de los mas grandes señores de la Corte eran de aquella secta: el mismo Rey se habia criado en ella, y aunque era sinceramente católico, no podia menos de favorecerlos, en atencion á los relevantes servicios que le habian prestado: su crédito balanceaba con el de los católicos, y aun muchas veces vencia al de estos últimos. Asi es, que Francisco no podia hallar mayores obstáculos para la ejecucion de sus designios.

En efecto, habiendo entrado en conferencia con Villeroy, este desechó desde luego la proposicion que le hizo, de que se restableciese la Religion católica en la Bailía de Gex. Le dijo sobre esto, que hacia muy poco

tiempo, que aquel pais pertenecia á la Francia, y que estaba muy distante del centro de la monarquia para tratar de emprender una mudanza tan considerable: que esta no podia servir sino para hacer odioso el gobierno, y para sublevar los pueblos, lo que les seria tanto mas fácil, cuanto que Ginebra y los suizos protestantes no dejarían de favorecer su resolucion: que el Rey, que en el tratado de Vervins habia hecho comprender á los suizos entre sus aliados, no podria resolverse á romper con ellos: que la Francia arruinada por las guerras civiles y estrangeras tenia necesidad de descanso: que el Rey no habia dado el edicto de Nantes tan favorable á los calvinistas sino para obligarles á dejar las armas, y que lo que él proponia, era muy bastante para obligarles á tomarlas de nuevo: que varios de entre ellos que no tenían otro oficio que la guerra, estaban ya cansados de la paz: que no necesitaban sino de un pretesto, por pequeño que fuese, para romperla: que no dejarían de acudir á pedir socorro á sus hermanos: que de esta suerte, en lugar de restablecer la Religion católica, no se lograria sino volver á encender una guerra que tanto habia costado de apagar, y fortificar tanto mas el calvinismo, cuanto que serian vanos los esfuerzos que se hiciesen para destruirle.

Añadió, que él mismo era muy celoso por la Religion católica, para que no desease su restablecimiento en todos los lugares de que habia sido desterrada; pero que era preciso esperar del tiempo las circunstancias favorables para un designio tan grande; y que en materia de negocios de Estado, valia mas no emprender, que hacerlo sin tener seguridad de salir bien con lo que se emprendiese.

Francisco respondió al discurso de Villeroy, que nadie habia dudado jamas, de que un Príncipe tan poderoso como el Rey de Francia, no pudiese hacer dentro de sus Estados lo mismo, que el Duque de Saboya

acababa de ejecutar en los suyos con tanto imperio y fruto, que él había asistido al Consejo del Duque, cuando se había propuesto el restablecimiento de la Religión católica en el Chablais y en las Bailías de Gaillard, Terny y Gex: que varios de los que habían dado su parecer, insistían en los mismos inconvenientes que acababa de proponerle: que sin embargo, el Duque que era un Príncipe muy instruido no los había tenido en consideración: que no le habían impedido el salir bien con su empresa: que en el mismo día, en que tenía el honor de hablarle, no tendría inconveniente en trabajar en el gran designio que se había propuesto bajo las órdenes del Duque, si la Bailía de Gex perteneciese aun á sus Estados: que conocía los pueblos y el país de que se trataba, y que le rogaba que le hiciese el favor de atenerse á lo que él le diría: que los pueblos de Gex no estaban en estado de sublevarse: que acostumbrados á una vida tranquila temían mas á los riesgos y estragos de la guerra, que á todo lo demás que pudiera sucederles: que eran tan poca cosa con respecto á la Francia, que ni aun se atreverían á concebir el designio de sublevarse contra ella: que siendo católica casi toda la nobleza del país, y dispuesta por consiguiente á ejecutar las órdenes del Soberano, se hallarían en el apuro de no tener un jefe que les mandase: que la República de Ginebra tenía demasiado interes en conservarse bajo la protección de la Francia, para que se opusiese á la voluntad del Rey: que la alianza con S. M. era demasiado necesaria á los suizos, para que se espusiesen á romperla, sosteniendo á los revoltosos: que estaban persuadidos, de que la casa de Austria, que los miraba como vasallos sublevados, no esperaba otra cosa que el hallar la ocasión de volver á subyugarlos: que sola la Francia era capaz de oponerse á ello con fruto, y que se podía juzgar por el recelo que habían tenido de malquistarse con el Duque de Saboya,

apoyando á los fugitivos del Chablais, si estaban ó no en disposición de romper con la Francia.

Añadió, que él no trataba de que se usase de violencia con respecto á los pueblos de la Bailía de Gex, sino solamente que se pusiesen en el mismo pie, en que estaba el resto de la Francia: que habiendo sido reunidos á ella, era justo, que siguiesen sus leyes: que los mismos edictos que permitían casi en todas partes el libre ejercicio de la pretendida Religión reformada, mandaban tambien que se restableciese la Religión católica en todos los puntos de donde había sido desterrada: que la Bailía de Gex se encontraba en este caso, puesto que no podía negarse que un siglo atras la Religión católica era la única que se profesaba en aquel país: que le suplicaba pues, que alcanzase de S. M. el que pudiese trabajar bajo su protección en la conversión de aquellos pueblos, que formaban parte de la Diócesis de Ginebra: que se le permitiese enviar allí misioneros, y que se dignase patrocinar el restablecimiento de la antigua Religión, de que hacia una profesión tan edificante el mismo Rey: que protegiendo la causa de Dios, el Señor sería su protector y el apoyo de su trono: que no permitiría que sus buenas intenciones fuesen contrariadas por revoluciones y acontecimientos, que toda la prudencia humana no podía preveer: que era necesario confiar mucho en la Providencia, y estar persuadidos de que ella jamás había abandonado á los Príncipes, que empleaban su autoridad en favor de una causa tan justa como la de la Iglesia católica.

Gustó tanto á Villeroy el discurso de Francisco, que se lo pidió por escrito: entregóselo al momento, y Villeroy le prometió hacer un relato de él á S. M. todo lo favorable que pudiera apetecer. La salida del Rey para Fontainebleau le impidió el hacerlo tan pronto como había determinado; así es que Francisco se vió obligado á permanecer en Paris mas tiempo del que había pensado.

Pero en tanto que trabajaba tan felizmente en favor de la Iglesia, trabajaba Dios por su parte en restablecer su reputacion con aquella brillantez que lleva á cabo las mas difíciles empresas. La Corte y pueblo de Paris parecia, que se disputaban sobre quien le habia de dar mayores señales de aprecio: los que habian acompañado al Rey á Saboya, publicaban lo que alli habian sabido de su piedad, de su ciencia y de los inmensos trabajos que habia sufrido para restablecer la Religion católica en el Chablais y en las Bailías, como tambien los peligros en que se habia visto, y la generosidad con que muy á menudo habia espuesto su vida por la conservacion de la fé. Otros contaban las conferencias que habia tenido con Beza, las ventajas que habia logrado sobre aquel famoso ministro, y la necesidad en que le habia puesto de volver á entrar en la Iglesia católica, si hubiese seguido los remordimientos de su conciencia, ó mas bien, si las conveniencias temporales, y un honor mal entendido no se hubiesen opuesto á su conversion. La Princesa María de Luxembourg, Duquesa de Mercœur, que estaba en Roma, cuando Francisco fué allá por los asuntos que ya se han contado, tenia una particular satisfaccion en decir á todo el mundo la estimacion y consideracion, de que gozaba con el Papa y con los Cardenales, y la reputacion que se adquirió de ser uno de los hombres mas sabios de su siglo, por las sabias respuestas que dió á las cuestiones que se le propusieron en el examen de que ya hemos hablado anteriormente.

Lo que se veia en él con tanta referencia á lo que se habia oido, como tambien la conducta que observaba, todo junto correspondia tan perfectamente á la opinion que se tenia de su virtud, que se trató de retenerle en Francia, dándole un obispado que fuese mas considerable y menos penoso que el de Ginebra.

Se supo por el mismo tiempo, que el predicador

que se habia nombrado para desempeñar la cuaresma siguiente en la Corte, no podia hacerlo á causa de algun accidente que le habia acontecido. Al momento se determinó dársela al Coadjutor de Ginebra en lugar del otro; y las Duquesas de Mercœur y de Longueville se encargaron de proponérselo: escusóse al principio por el poco tiempo que tenia para prepararse; pero al fin cedió á sus instancias con la esperanza de que podria lograr algun fruto en un pueblo, en que sin duda era necesario un predicador tan hábil y desinteresado como él.

En efecto, la Corte de Francia no tan solamente estaba llena de calvinistas, sino que tambien habia en ella muchos impios y libertinos, que eran los desgraciados frutos de una larga guerra civil, que poco hacia se habia terminado. Francisco, con intencion de que fuesen útiles sus sermones á toda clase de gentes, emprendió el combatir á un mismo tiempo la heregía y la impiedad. Aunque el estilo de sus discursos no fuese ni bajo, ni humilde, tampoco habia en ellos afectacion, ni eran demasiado estudiados: todo era grave, juicioso, sólido, y todos respiraban aquella elocuencia magestuosa que dice tan bien con la palabra de Dios, y de la que nos han dejado los Profetas tan escelentes modelos. Estudiábalos continuamente, ó por mejor decir, eran el asunto de sus oraciones y meditaciones; porque jamas leia la sagrada Escritura sino arrodillado, y con un respeto tan profundo, como si Dios le hubiese hablado sin velos y abiertamente.

Lleno de las grandes ideas, de que aquel libro admirable es una fuente tan fecunda, en lugar de adular á la ignorancia y al vicio, ó de no hablar sino á medias por consideraciones humanas, todas sus miras no se dirijian á otra cosa en sus sermones, sino á sacar las almas de la profunda ignorancia en que las veia sumergidas, á desarraigar los errores y vicios, á mover los espíritus

con el temor de los juicios de Dios, á persuadirlos á pensar seriamente en su salvacion, y á tratar de ablandar la dureza de sus corazones, conduciéndolos á una conversion sólida, y á una verdadera mudanza de vida.

Habiendo sido estas importantes materias el objeto de sus primeros discursos, como vió que los católicos, y los calvinistas atraídos por la hermosura de su moral, acudían á porfía á sus sermones, emprendió la controversia de un modo, que fué de tanta mayor utilidad, cuanto que era menos usado. No se dedicó á combatir en particular los dogmas de los calvinistas; atacó á la misma secta en sus principios, y en su establecimiento: pretendía, que no podia alcanzarse la salvacion entre los calvinistas, porque no eran ni podían ser verdadera Iglesia; y probó esta proposicion, sosteniendo que su ministerio carecía de autoridad, y sus ministros de legítima mision.

Decía sobre esto lo que el mismo Beza testifica, á saber, que despues de la muerte de Paveno, primer mártir pretendido de la Iglesia reformada, sus discípulos, que eran todos legos y artesanos, habiéndose dispersado por unas y otras partes, habían establecido las pretendidas Iglesias reformadas de Metz, Orleans, Senlis, y Aubigny.

Añadió, que él mismo cuenta en su historia, que Pedro Leclerc, cardador de oficio, fué nombrado y establecido por ministro de Meaux por una cuadrilla de cardadores y bataneros: que la Iglesia calvinista de Paris no había tenido origen mas legítimo: que su primer ministro había sido un joven llamado Masson la Riviere, que también fué promovido al ministerio por una junta de legos: que la mayor parte de sus Iglesias habían sido establecidas del mismo modo, es decir, por gentes que no tenían ni autoridad, ni poder para ordenar ministros que fuesen legítimos: que los ministros que había en aquel entonces, descendiendo de los otros,

no podían por consiguiente tener mayor autoridad; es decir, que carecían de ella, puesto que, su potestad dimanaba de unas personas que no podían dársela, pues ni aun ellos mismos la tenían.

Estos hechos, apoyados con la autoridad de Beza, eran además tan públicos y notorios, que no había medio alguno de poderlos negar.

Francisco pretendió, que los calvinistas no podían justificarse sino probando con la sagrada Escritura, que según ellos era la sola regla de fé, que los legos podían ordenar ministros, que fuesen legítimos; pero al mismo tiempo los desafió á que lo hiciesen, y defendió, que no podrían hallar pasage alguno ú ejemplar, que autorizase semejantes ordenaciones: citó varios en el momento que probaban todo lo contrario; y sostuvo, que desde mil y seiscientos años antes, es decir, desde Jesucristo hasta nosotros, la Iglesia había desechado siempre semejantes ordenaciones y las había condenado como ilegítimas, sin que pudiese citarse sociedad alguna cristiana que las hubiese aprobado.

Concluyó de todo esto, que en donde no había ni mision, ni ordenacion legítima, no había párrocos: que en donde no había párrocos, no había sacramentos: que en donde no había sacramentos, no había verdadera Iglesia; y finalmente, que esta era la verdadera posicion de los calvinistas.

Este discurso sostenido por las figuras de la elocuencia, y sobre todo por la autoridad de la sagrada Escritura, y de los Padres é historiadores de la Iglesia, hizo una fuerte impresion en el ánimo de los pueblos prevenidos en favor del calvinismo. En vano se creyeron en la obligacion de responder á él: consultados los ministros, no convenían entre sí: los unos pretendían haber recibido la mision ordinaria; los otros recurrían á la extraordinaria; pero no pudiendo responder á las objeciones que se les hacían, no estuvo en su mano

el impedir, que se viese claramente que ellos habian usurpado el ministerio, sin haber podido convenir entre sí sobre la autoridad que habian tenido para hacerlo.

El embarazo y discordancia de los ministros sobre una cuestion tan importante, y de donde dependia la justificacion de todo quanto habian emprendido contra la Iglesia católica, escandalizó á muchas gentes. La Condesa de Perdreuville fué de este número: era esta señora de aquellas pretendidas sabias, cuya capacidad se reduce toda á una gran prevencion, á una obstinacion casi invencible y á algunos pasages de la sagrada Escritura mal entendidos, y que citaba á cada instante: su adhesion á la nueva secta no podia ser mayor, y el aprecio que hacia de los ministros, llegaba hasta el estremo. La casualidad ó la curiosidad la llevaron al sermón de Francisco, de que acaba de hablarse. Se sintió muy conmovida de lo que habia oido: consultó á los ministros, cuyas respuestas no la satisficieron; y volvió á buscar á Francisco, á quien pidió unas conferencias particulares. Este era su fuerte: no hacia, por decirlo así, sino bosquejar en el púlpito, lo que nunca dejaba de acabar en la conversacion. Los que han tratado con los calvinistas, saben, que la prevencion y presuncion son los mayores obstáculos, que hay que vencer para convertirlos. La humildad y docilidad son dos virtudes de las que casi no tienen conocimiento. Acostumbrados á ser los árbitros de su creencia, y á no someterse sino á la autoridad de la sagrada Escritura, de la que son ellos mismos los intérpretes, se creen superiores á toda instruccion: ¡disposicion terrible para abandonar el error, y para volver á entrar por el camino de la verdad!

Francisco tuvo que pelear contra todas estas dificultades en la instruccion de la Condesa. Pero al fin la convirtió tan perfectamente, que redujo al gremio de la Igle-

sia católica á toda su familia, que era de las mas numerosas. A su conversion siguió la de la ilustre casa de Raconis, en la que uno de sus individuos mas vivamente movido que los otros, entró capuchino, y observó de allí en adelante una vida muy ejemplar.

El sermón, de que se ha hablado anteriormente, fué seguido de varios otros llenos de igual fuerza; y continuando Dios en dar su bendicion al celo de Francisco, convirtió un número tan grande de hereges de los mas obstinados, que el Cardenal de Perrón, que fué testigo de aquellas conversiones, no pudo menos de decir: *que no habia hereges, á quienes no se estuviese seguro de convencer; pero que el convertirlos era un talento especial que Dios habia reservado para el señor de Ginebra.*

Verdad es, que ademas de ser muy instruido, y de haber estudiado á fondo las materias de la controversia, hablaba con una gracia extraordinaria, y tenia un tino particular para insinuarse en los espíritus: su paciencia y su incomparable dulzura le ganaban los corazones; y aun los mismos calvinistas que le miraban como al destructor de su Religion, no podian menos de apreciarle y amarle.

Pero la conversion de los hereges no fué la sola en que trabajó con fruto; no adelantó menos en la de muchos católicos de costumbres muy estragadas, y que habiendo envejecido en el crimen, habian casi desesperado de su salvacion. Las enfermedades del corazon no son menos dificiles de curar, que las del espíritu; y aun muchas veces es mas fácil ilustrar al uno, que librar al otro de una costumbre inveterada. Reconocido el error se hace odioso, y se abandona sin dificultad; no sucede lo mismo con la inclinacion que se tiene á los placeres: no se deja de conocer el abuso que se hace de ellos, pero tampoco dejan de amarse; aunque esté convencido el entendimiento, no siempre arrastra tras sí al cora-